

1830
Maracaibo

Proclama el gobernador:

...Bolívar, el genio del mal, la tea de la anarquía, el opresor de su patria, ha dejado de existir.

1830
La Guaira

Divide et impera

El cónsul norteamericano en La Guaira, J. G. Williamson, profeta y protagonista de la desintegración de la Gran Colombia, envió al Departamento de Estado un certero informe. Con un mes de anticipación, anunció la separación de Venezuela y el fin de los aranceles que no convienen a los Estados Unidos.

Simón Bolívar ha muerto el 17 de diciembre. Otro 17 de diciembre, hace once años, había fundado la Gran Colombia, que nació de la fusión de Colombia y Venezuela y sumó luego a Ecuador y Panamá. La Gran Colombia ha muerto con él. Otro cónsul norteamericano, William Tudor, ha contribuido desde Lima a tejer la urdimbre de la conspiración contra el proyecto americano de Bolívar, *el peligroso loco de Colombia.* No sólo preocupaba a Tudor la lucha de Bolívar contra la esclavitud, mal ejemplo para el sur de los Estados Unidos, sino también, y sobre todo, *el engrandecimiento excesivo* de la América liberada de España. Con toda razón ha dicho el cónsul que *Inglaterra y Estados Unidos tienen razones de Estado comunes y poderosas* contra el desarrollo de una nueva potencia. El almirante británico Fleming, mientras tanto, iba y venía entre Valencia y Cartagena alentando la división.

1830
Montevideo

Láminas escolares: la Jura de la Constitución

El gobierno inglés, había dicho lord John Ponsonby, *no consentirá jamás que sólo dos Estados, Brasil y Argentina, sean dueños exclusivos de las costas orientales de la América del sur.*

Por influjo de Londres, y a su amparo, el Uruguay se hace país independiente. La más rebelde provincia del Río de la Plata, que ha expulsado a los brasileños de su suelo, se desgarra del viejo tronco y cobra vida propia. El puerto de Buenos Aires se libera, por fin, de la pesadilla de esta arisca pradera donde Artigas se alzó.

En la iglesia Matriz de Montevideo, el padre Larrañaga ofrece a Dios un cántico de acción de gracias. El fervor ilumina la cara del sacerdote, como en aquel otro Tedéum que celebró hace unos años, desde el mismo púlpito, en homenaje a los invasores del Brasil.

Se jura la Constitución ante los balcones del Cabildo. Las damas, que no existen en las leyes, acompañan la consagración jurídica del nuevo país, como si les incumbiera: sujetan con una mano sus gigantescos peinetones, peligrosos en días de viento, y con otra mano sostienen, abiertos sobre el pecho, los abanicos pintados con temas patrióticos. Los altos cuellos de almidón impiden que los caballeros distraigan la cabeza. La Carta Magna resuena en la plaza, cláusula tras cláusula, sobre un mar de sombreros de copa. Según la Constitución de la nueva república, no serán ciudadanos los hombres que pusieron el pecho a las balas españolas, porteñas y brasileñas. El Uruguay no se hace para los gauchos pobres, ni para los indios, que están siendo exterminados, ni para los negros, que siguen sin enterarse de que una ley los liberó. No podrá votar ni tener empleos públicos, dice la Constitución, quien sea sirviente, peón o soldado de línea, vago, borracho o analfabeto.

Al anochecer, se llena el Coliseo. Allí se estrena *El engaño feliz o el triunfo de la inocencia,* de Rossini, la primera ópera completa cantada en esta ciudad.

1830
Montevideo

La Patria o la Tumba

El primer vate del Parnaso uruguayo, Francisco Acuña de Figueroa, se inició en las letras componiendo una oda, en octavas reales, a la gloria militar de España. Cuando los gauchos de Artigas tomaron Montevideo, huyó a Río de Janeiro. Allá brindó sus rimas de alabanza al príncipe portugués y a toda su corte. Siempre con la lira a cuestas, don Francisco volvió a Montevideo, siguiendo a los invasores del Brasil, y se hizo rapsoda de las tropas de ocupación. Años después, al día siguiente del desalojo de las tropas brasileñas, las musas soplaron patrióticos decasílabos al oído de don Francisco, laureles de palabras para ceñir las sienes de los héroes de la independencia; y ahora el reptilíneo poeta escribe el himno nacional del país recién nacido. Los uruguayos estaremos por siempre obligados a escuchar sus versos de pie.

1832
Santiago de Chile

Industria nacional

También en Chile los caballeros bailan y visten a la moda francesa, imitan a Byron al anudarse la corbata y en la mesa obedecen al cocinero francés; a la inglesa toman el té y a la francesa beben trago.
Cuando Vicente Pérez Rosales instaló su fábrica de aguardiente, compró en París los mejores alambiques y una buena cantidad de etiquetas de dorados arabescos y finas letras que decían: *Old Champagne Cognac.* A la puerta de su despacho, hizo pintar un gran cartel:

IMPORTACION
DIRECTA

El sabor no sería muy-muy, pero era casi-casi; y nadie quedó con llagas en el estómago. El negocio marchaba a las mil maravillas y la fábrica no daba abasto, pero don Vicente sufrió un ataque de patriotismo y decidió que no podía seguir viviendo en estado de traición:
–*Esta buena fama sólo a Chile corresponde.*
Arrojó al fuego las etiquetas europeas y su despacho estrenó otro cartel, más grande todavía:

FABRICA
NACIONAL

Las botellas lucen ahora un nuevo vestido: etiquetas impresas aquí, que dicen *Coñac chileno.*
No se vende ni una.

Pregones del mercado en Santiago de Chile

–¡Claveles y albahacas para las niñas retacas!
–¡OBLEAAAAS!
–¡Lindos botones, a real la sarta!
–¡P a j u e l a a a a a s!
–¡Correas, correas para cincha, sobaítas como guante!
–¿Una limosna, por amor de Dios?
–¡C a r n e v a c á n!
–¿Una limosna para un pobre ciego?
–¡ESCOOOOBAS! ¡YA SE ME ACABAN!
–¿Brevas, brevas?
–¡M e d a l l a s m i l a g r o s a s, u n a p o r u n a o a l d e s t a j o!
–¡Curaítas negritas vean!
–¡Cuchillas para la seguridá de la persona!
–¡HOJA PULÍÍÍÍÍA!
–¿A quién le vendo este lazo?
–¡Al rico pan!
–¡Un cencerrito nomás me queda!
–¡SANDÍÍÍAS, MI ALMA!
–¡Al rico pan amasado por la pura mano de mujer!
–¡SANDÍÍÍAS!
–¡Al rico pan! ¡Calientíííííto!

1833
Arequipa

Las llamas

–*Felices criaturas* –dice Flora Tristán.
Viaja Flora por el Perú, patria de su padre, y en las sierras descubre *al único animal que el hombre no ha podido envilecer.*
Las dulces llamas son más ágiles que las mulas y suben más alto. Resisten fríos, fatigas y cargas pesadas. A cambio de nada brindan al indio de las montañas transporte, leche, carne y las sedas limpias y brillantes que cubren sus cuerpos. Pero jamás se dejan atar ni maltratar, ni aceptan órdenes. Cuando interrumpen su andar de reinas, el indio les suplica que reinicien la marcha. Si alguien las golpea, las insulta o las amenaza, las llamas se echan al suelo: alzando el largo cuello, vuelven al cielo los ojos, los más bellos ojos de la Creación, y suavemente mueren.
–*Felices criaturas* –dice Flora Tristán.



1833
San Vicente

Aquino

La cabeza de Anastasio Aquino cae en la cesta del verdugo.
Que en guerra descanse. El caudillo de los indios de El Salvador había alzado tres mil lanzas contra los ladrones de tierras. Venció a los mosquetes, disparados al fuego del cigarro y desnudó a San José en el altar mayor de una iglesia. Cubierto con el manto del padre de Cristo, dictó leyes para que los indios nunca más fueran esclavos, ni soldados, ni muertos de hambre, ni borrachos. Pero llegaron más tropas, y tuvo que buscar refugio en las montañas.
Su lugarteniente, llamado Cascabel, lo entregó al enemigo.
–*Ya soy tigre sin uñas ni colmillos* –dijo Aquino, viéndose tan atado por grillos y cadenas, y confesó al fraile Navarro que en toda su vida sólo había sentido miedo a la ira o a las lágrimas de su mujer.
–*Estoy listo para jugar a la gallina ciega* –dijo, cuando le vendaron los ojos.

1834
París

Tacuabé

En las puntas del Queguay, la caballería del general Rivera ha culminado, con buena puntería, la obra civilizadora. Ya no queda ni un indio vivo en el Uruguay.
El gobierno dona los cuatro últimos charrúas a la Academia de Ciencias Naturales de París. Los despacha en la bodega de un barco, en calidad de equipaje, entre los demás bultos y valijas.
El público francés paga entrada para ver a los salvajes, raras muestras de una raza extinguida. Los científicos anotan gestos, costumbres y medidas antropométricas; de la forma de los cráneos, deducen la escasa inteligencia y el carácter violento.
Antes de un par de meses, los indios se dejan morir. Los académicos disputan los cadáveres.
Solamente sobrevive el guerrero Tacuabé, que huye con su hija recién nacida, llega quién sabe cómo hasta la ciudad de Lyon y allí se desvanece.
Tacuabé era el que hacía música. La hacía en el museo, cuando se iba el público. Frotaba el arco con una varita mojada en saliva y arrancaba dulces vibraciones a la cuerda de crines. Los franceses que lo espiaron desde atrás de las cortinas cuentan que creaba sonidos muy suaves, apagados, casi inaudibles, como si estuviera conversando en secreto.

1834
Ciudad de México

Amar es dar

Una calabaza llena de vinagre vigila detrás de cada puerta. En cada altar ruegan mil velas. Los médicos recetan sangrías y fumigaciones de cloruro. Banderas de colores señalan las casas asaltadas por la peste. Lúgubres cánticos y alaridos señalan el paso de los carros repletos de muertos por las calles sin nadie.
El gobernador dicta un bando prohibiendo varias comidas. Según él, los chiles rellenos y las frutas han traído el cólera a México.
En la calle del Espíritu Santo, un cochero está cortando una chirimoya enorme. Se tiende en el pescante, para saborearla de a poco. Alguien que pasa lo deja con la boca abierta:
–*¡Bárbaro! ¿No ves que te suicidas? ¿No sabes que esa fruta te conduce al sepulcro?*
El cochero vacila. Contempla la lechosa pulpa, sin decidirse a morder. Por fin se levanta, se aleja unos pasos y ofrece la chirimoya a su mujer, que está sentada en la esquina:
–*Cómela tú, mi alma.*

1835
Islas Galápagos

Darwin

Negras colinas surgen de la mar y de la niebla. Sobre las rocas se mueven, a ritmo de siesta, tortugas grandes como vacas; y entre los recovecos se deslizan iguanas, dragones sin alas:
–*La capital del infierno* –comenta el capitán del «Beagle».
–*Hasta los árboles se sienten mal* –confirma Charles Darwin, mientras cae el ancla.
En estas islas, las islas Galápagos, Darwin se asoma a la revelación del *misterio de los misterios;* aquí intuye las claves del incesante proceso de transformación de la vida en la tierra. Descubre aquí que los pájaros pinzones han especializado sus picos, y que ha cobrado forma de cascanueces el pico que rompe semillas grandes y duras y forma de alicate el que busca el néctar de los cactos. Lo mismo ha ocurrido, descubre Darwin, con los caparazones y los cuellos de las tortugas, según coman a ras de tierra o prefieran los frutos altos.
En las Galápagos está el origen de todas mis opiniones, escribirá Darwin. *Voy de asombro en asombro,* escribe ahora, en su diario de viaje.
Cuando el «Beagle» partió hace cuatro años de un puerto de Inglaterra, Darwin creía todavía, al pie de la letra, cada palabra de las Sagradas Escrituras. Creía que Dios había hecho el mundo tal como ahora es, en seis días, y que había terminado su trabajo, como asegura el arzobispo Usher, a las nueve de la mañana del sábado 12 de octubre del año 4004 antes de Cristo.



1835
Columbia

Texas

Hace quince años, una caravana de carretas atravesó crujiendo la desierta pradera de Texas, y las voces lúgubres de los búhos y los coyotes le dieron la malvenida. México cedió tierras a las trescientas familias que vinieron desde Luisiana, con sus esclavos y sus arados. Hace cinco años, ya eran veinte mil los colonos norteamericanos en Texas, y tenían muchos esclavos comprados en Cuba o en los corrales donde ceban negritos los caballeros de Virginia y de Kentucky. Los colonos alzan ahora bandera propia, la imagen de un oso, y se niegan a pagar impuestos al gobierno de México y a cumplir la ley mexicana que ha liquidado la esclavitud en todo el territorio nacional.

El vicepresidente de los Estados Unidos, John Calhoun, cree que Dios creó a los negros para que corten leña, cosechen algodón y acarreen agua para el pueblo elegido. Las fábricas textiles exigen más algodón y el algodón exige más tierras y más negros. *Existen poderosas razones,* dijo Calhoun el año pasado, *para que Texas forme parte de los Estados Unidos.* Para entonces, ya el presidente Jackson, que sopla fronteras con pulmones de atleta, había enviado a Texas a su amigo Sam Houston.

El áspero Houston se abre paso a puñetazos, se hace general del ejército y proclama la independencia de Texas. El nuevo Estado, que pronto será otra estrella en la bandera de los Estados Unidos, tiene más tierra que Francia.

Y estalla la guerra contra México.

1836
San Jacinto

Crece el Mundo Libre

Sam Houston ofrece tierra a cuatro centavos el acre. Los batallones de voluntarios norteamericanos afluyen por todos los caminos y vienen buques cargados de armas desde Nueva York y Nueva Orleans.

Ya el cometa había anunciado calamidad sobre los cielos de México. Para nadie fue noticia, porque México vive en estado de perpetua calamidad desde que los asesinos de Hidalgo y Morelos declararon la independencia para quedarse con ella.

Poco dura la guerra. El general mexicano Santa Anna llega tocando a degüello, y degüella y fusila en El Alamo, pero en San Jacinto pierde cuatrocientos hombres en un cuarto de hora. Santa Anna entrega Texas a cambio de su vida y se vuelve a México acompañado por su ejército vencido, su cocinero privado, su espada de siete mil dólares, sus infinitas condecoraciones y su vagón de gallos de riña.

El general Houston celebra su triunfo consagrándose presidente de Texas.

La Constitución de Texas asegura al amo derecho perpetuo sobre sus esclavos, por tratarse de propiedades legítimamente adquiridas. *Extender el área de la libertad,* había sido el lema de las tropas victoriosas.



1836
El Alamo

Retratos del héroe de frontera

Al despuntar la guerra de Texas, cuando la suerte sonreía todavía a las tropas mexicanas, el coronel Davy Crockett cayó atravesado por las bayonetas. Cayó en el fortín de El Alamo, junto a su banda de heroicos forajidos, y los zopilotes le terminaron la historia.

Los Estados Unidos, que engordan comiendo tierra de indios y mexicanos, han perdido a uno de sus héroes del Oeste. Davy Crockett tenía una escopeta llamada Betsy que mataba cinco osos por bala.

Crockett bien podría haber sido hijo de Daniel Boone, el legendario pionero del siglo anterior, matador muy macho y solo, que odiaba la civilización pero se ganaba la vida metiendo colonos en las tierras robadas a sus amigos indios. Y bien podría haber sido padre de Natty Bumppo, un personaje de novela tan famoso que ya parece de carne y hueso.

Desde que Fenimore Cooper publicó *El último de los mohicanos,* Natty Bumppo, el noble y rudo cazador, se ha incorporado a la vida cotidiana de los Estados Unidos. La naturaleza le ha enseñado todo lo que sabe de moral y su energía viene de las montañas y los bosques. Es feo, un solo diente en la boca enorme, pero sin esperar nada a cambio protege a las bellas vírgenes blancas, que gracias a él atraviesan invictas la floresta y el deseo. Natty Bumppo elogia el silencio con muchas palabras y no miente cuando dice que no teme a la muerte, ni cuando admira a los indios mientras los mata con melancolía.

1836
Hartford

El Colt

Samuel Colt, ingeniero, registra en Hartford, Connecticut, la patente de la *revolving pistol* que ha inventado. Se trata de una pistola de tambor giratorio, de cinco tiros, que mata cinco veces en veinte segundos.

Desde Texas llega el primer pedido.

1837
Ciudad de Guatemala

Morazán

Estalla una tormenta de sotanas. Rafael Carrera es el relámpago que mete miedo y por toda Guatemala retumban los truenos:
–*¡Viva la religión! ¡Mueran los extranjeros! ¡Muera Morazán!*
No queda cirio sin encender. Tan de prisa rezan las monjas que en nueve segundos despachan nueve novenas. Los coros entonan la salve y maldicen a Morazán con el mismo fervor.
Francisco Morazán, presidente de Centroamérica, es el *extranjero hereje* que ha desatado las furias místicas. Morazán, nacido en Honduras, no solamente ha unificado a las provincias centroamericanas en una sola nación. Además, ha reducido a la categoría de meros ciudadanos a los condes y a los marqueses y ha creado escuelas públicas que enseñan cosas de la tierra y nada dicen del Cielo. Según sus leyes, ya no se necesita cruz para la tumba ni cura para la boda y nada distingue al niño concebido en lecho conyugal del niño hecho, sin contrato previo, sobre paja de establo, que tanto hereda el uno como el otro. Y lo más grave: Morazán ha separado a la Iglesia del Estado, ha decretado la libertad de creer o no creer, ha suprimido los diezmos y las primicias de los funcionarios del Señor y ha puesto en venta sus tierras.
Denuncian los frailes que Morazán tiene la culpa de la peste que está asolando a Guatemala. El cólera viene matando y desde el púlpito llueven las acusaciones fulminantes: Morazán ha envenenado las aguas, el Anticristo ha pactado con el Diablo para venderle las almas de los muertos.
Los pueblos de las montañas se sublevan contra el envenenador. Rafael Carrera, el criador de cerdos que acaudilla la insurrección, tiene poco más de veinte años y ya lleva tres balas en el cuerpo. Anda cubierto de escapularios y medallitas y una rama verde le atraviesa el sombrero.



1838
Buenos Aires

Rosas

Gran domador de potros y de hombres, Juan Manuel de Rosas es el caudillo de los campos rioplatenses. Guitarrero y bailarín, sabe contar las historias que más susto o risa provocan en los fogones; pero está hecho de mármol y hasta sus hijos lo llaman *patrón*. Manda presa a la cocinera que le arruina el pollo; y él mismo se hace azotar cuando por descuido viola alguna de las normas por él dictadas.

Sus estancias son las más prósperas; sus saladeros, los mejor organizados. Rosas posee lo mejor del mar de pasto que se extiende entre el puerto de Buenos Aires y las tolderías de los indios.

Rosas gobierna. Ha dictado una ley de aduanas que protege la producción argentina de ponchos y jergones, zapatos, carruajes, barcos, vinos y muebles, y ha cerrado los ríos interiores a los mercaderes extranjeros.

La *Revue des Deux Mondes* exige que Francia propine una lección de civilización y disciplina *a los degenerados hijos de la conquista española*. La escuadra francesa, al mando del almirante Leblanc, inicia el bloqueo de Buenos Aires, único puerto argentino habilitado para el comercio de ultramar.

1838
Buenos Aires

«El matadero»

Esteban Echeverría escribe el primer cuento de la literatura rioplatense. En «El matadero», la dictadura de Rosas es el acoso de una turba de cuchilleros contra un indefenso doctor de Buenos Aires.

Nacido en suburbios y crecido en la bronca, pero pulido en París, Echeverría des-

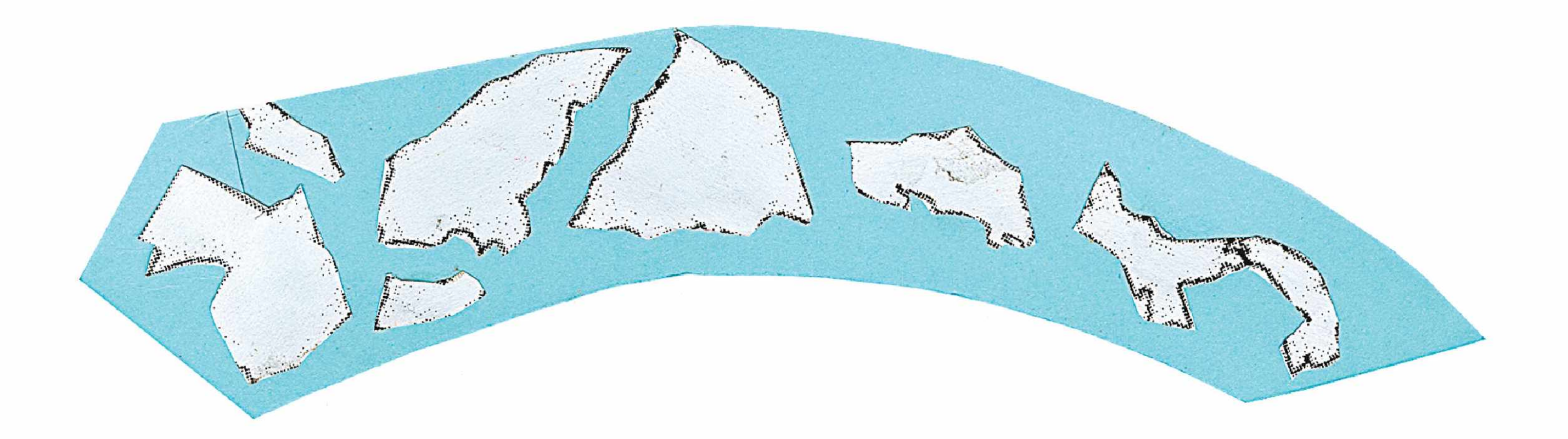
precia a *la chusma.* Un matadero del sur de la ciudad ofrece el mejor escenario para que el escritor describa a los perros disputando tripas con las negras achureras y para que cuente cómo brotan las puteadas, a borbotones, de boca del vulgo, igual que brota la sangre del cuello de las bestias. El degollador del cuento usa chiripá de gaucho, tiene el rostro embadurnado de sangre y hunde el puñal hasta el mango en la garganta de la res; y después acorrala al ilustrado caballero de frac que se ha negado a rendirle pleitesía.

Algo más sobre el canibalismo en América

En su última carga de caballería, el coronel Juan Ramón Estomba lanza a sus jinetes contra nadie. La guerra contra España ha terminado, pero mucho más atroz está siendo la guerra de argentinos contra argentinos; y el coronel Estomba alza el sable y aúlla: *¡A la carga!,* y en tromba de alaridos y sablazos arremeten los caballos contra el horizonte vacío.

Esta patria desgarrada está loca de furia. Se devoran entre sí los héroes de la independencia. Estanislao López recibió la cabeza de Pancho Ramírez, envuelta en cuero de carnero, y la puso en jaula de hierro y toda una noche se regocijó contemplándola. Gregorio Lamadrid cargó de cadenas y arrastró por las calles a la madre de Facundo Quiroga, antes de que Facundo cayera en emboscada con una bala en un ojo. En un corral, sobre mierda de vacas, Juan Lavalle fusiló a Manuel Dorrego; y desde entonces el fantasma de Dorrego viene persiguiendo a Lavalle y le muerde los talones hasta que lo atrape y lo cosa a tiros al cuerpo desnudo de su amante, para que Lavalle tenga la suerte de morir dentro de mujer.





1838
Tegucigalpa

Centroamérica se parte en pedazos

mientras Morazán pelea en Guatemala contra la multitud enardecida por los monjes.

Uno tras otro, van estallando los débiles hilos que habían cosido a las comarcas de esta patria. Costa Rica y Nicaragua rompen el pacto federal y también Honduras se declara independiente. La ciudad de Tegucigalpa celebra, con bombos y platillos y discursos, el fracaso del hijo suyo que desde aquí lanzó, hace diez años, la gran campaña unificadora. Los rencores provincianos, envidias y codicias, viejos venenos, pueden más que la pasión de Morazán. La República Federal de Centroamérica yace descuartizada en cuatro pedazos. Pronto serán cinco, y luego seis. Pobres pedazos. Se tienen más odio que lástima.